

¡bebed, porque es el vino la alegría!...  
¡la única religión que hay en la tierra!

¡El prestará vigor á los sentidos,  
y nueva sangre á las exhaustas venas!

¡Brindad por ese coro de hermosuras  
de labios de coral y ojos de estrellas,  
que entre sus brazos nuestra dicha ahogaron,  
como ahoga á los árboles la hiedra!

¡Brindad por ese mundo de injusticias  
que á nuestras plantas, desquiciado ruedal!...  
¡Por el ansia imposible!... ¡Por el vuelo  
que hasta la luz á los insectos lleva!...

Y cuando entre sus brazos vaporosos  
la embriaguez nos envuelva,  
¡hundamos un puñal en nuestros pechos,  
para que nunca despertemos de ella!

## FLORES DE ALMENDRO

(1893-1897)

## PRELUDIO

El jardín está triste y silencioso;  
sin flor la acacia y los rosales secos...  
Tan sólo en las desnudas arboledas  
se agitan florecientes los almendros...

¡Qué flores tan efímeras!... Su vida  
es la vida fugaz de nuestros sueños...  
Tienen la palidez de tu semblante,  
y la tristeza de tus ojos negros!

Ciñe con ellas tu nevada frente,  
y ven á ser la musa de mi Invierno!...  
¡Dichosas flores, que al caer marchitas  
perfumarán de sombra tus cabellos!

¡EXCELSIOR!

Para que escale del monte  
la cumbre más elevada  
— ¡Arriba, arriba, valiente! —  
dentro de mi pecho exclama,  
la voz de un cantar nostálgico  
que yo no sé quién lo canta.

— ¡Arriba! — también me gritan  
los amigos á la espalda,  
y mientras miro la cumbre  
que sus manos me señalan,

en mi camino colocan  
tropiezos para que caiga.

— ¡Arriba! ¡Arriba! — á mi oído  
dice, llorando, mi amada...  
Mas para impedir que de ella  
se aparte, al volar, mi alma,  
los brazos tiende á mi cuello  
y se cuelga de mis alas.

La envidia sigue mis huellas;  
el odio afile las garras;  
la calumnia, cual jauría  
que tras su presa se lanza,  
la siento aullar á mi lado,  
la oigo rugir á mi espalda.

A mis pies se abre el abismo;  
abrojos pisan mis plantas;  
las víboras del deseo  
el corazón despedazan,

y en mí ruge la locura,  
como una fiera en su jaula.

Nadie escucha mis querellas;  
y en tan lúgubre jornada  
parece que hasta mi sombra  
abandona mi compañía!

Mas yo seguiré subiendo,  
aunque deje entre las zarzas,  
roto y desgarrado el cuerpo  
y hecha jirones el alma...

¡Lejanas cumbres bravías  
por pie humano nunca holladas!...  
Yo, vuestra nivea corona  
humillaré con mis plantas!

Las estrellas más fulgentes  
de la bóveda azulada

he de arrancar, y orgulloso  
con sus destellos de plata  
— ¡Excelsior! — escribiré  
sobre la cumbre más alta!

## LA SEGUIDILLA

Bajo la fresca sombra de verde parra,  
la seguidilla, abeja de oro, vuela,  
mientras las somnolencias de la guitarra  
turba con sus repiques la castañuela!

Con sns rítmicas alas vaga traviesa,  
como beso de fuego, de boca en boca,  
y en sus notas dolientes la pená expresa  
del alma de una raza de amores loca.

Nos recuerda gitanas enamoradas,  
de labios llameantes como claveles,  
de pupilas siniestras, negras miradas;  
morenas, sensuales, tristes y fieles.

Llora penas sin nombres, ensueños vanos,  
celos, ansias, caricias... Tristes amores  
de vírgenes difuntas, en cruz las manos,  
sobre ataúdes blancos llenos de flores!

Evoca alegres fiestas: revuela el loro  
tras las flotantes capas ensangrentadas...  
Canta rejas floridas, vinos de oro,  
nocturnas serenatas y puñaladas...

Esparce en las verbenas lírico encanto  
con las alegres notas de su alborozo;  
y enronquece de angustia, ciega de llanto,  
al surgir de las rejas de un calabozol...

Bajo la fresca sombra de verde parra,  
la seguidilla, abeja de oro, vuela,  
mientras las somnolencias de la guitarra  
turba con sus repiques la castañuela!

## RECUERDOS

Á JOSÉ ALMENDROS CAMPS